

La importancia de atreverse

□ El montaje de "El avaro", de Molière, en "El Conventillo" debe convertirse en un éxito de público.

A los trescientos y tantos años de la muerte de Molière, son tantas las cosas que se han hecho con sus obras, que una simple versión musical de *El avaro* no le hará revolcarse en la tumba. En ella, Ramón Griffero se atrevió a jugar a la farsa sin temor al ridículo o a la exageración, para lo cual contó con el apoyo del agudo humor de Luis Advis, autor de la música y de la letra de las canciones.

Al adaptar y dirigir *El avaro*, en *El Conventillo*, Griffero se parece a un niño suelto en un parque de atracciones que se entretiene a cada instante y, de paso, desinhibe al teatro chileno que tantas veces —sobre todo en la dirección— tiene una línea sobria, contenida, incluso reprimida. Sin embargo, todo tiene su precio: Griffero aún necesita alcanzar un mayor equilibrio entre forma y contenido y esta vez le faltó proyectar más el subtexto del protagonista, prototipo de la avaricia que, más allá de los divertidos vericuetos de la trama, también tiene un fondo de implicancias dramáticas y angustiosas

tras de las iras que provoca. Esta dimensión no se dio lo suficiente, pero eso no afectará la reacción del público que, de seguro, llenará la sala durante largos meses.

El elenco entró plenamente en el juego, y la concepción visual de Griffero es tan englobadora que no hay roles pequeños. Por ejemplo, los jóvenes enamorados de Molière, aun en montajes de la comedia francesa, muchas veces son personajes tiesos y sin mayor vida. Aquí, en cambio, Cleante y Mariana son seres deliciosos en su ágil y estilizada parodia y logran imbuir de ternura lo que a primera vista parecería cursilería romántica. Hay variados tipos de farsa y los diferentes actores, a medida que trepan por el asimétrico decorado de Herbert Jonkers, logran tanto un sello individual como una unidad estilística para el elenco en su conjunto.

Mayor es el mérito, si se recuerda que la farsa es un género en que el actor chileno no suele sentirse demasiado cómodo y dentro del cual le cuesta elaborar matices. Lo anterior es aplicable tanto a Tomás Vidiella, en el difícil rol protagónico, como a los intérpretes de roles aparentemente secundarios. Por eso, muchas veces hay segundos planos en el espectáculo que son tan ingeniosos o entretenidos como la acción central.

La música y textos de Luis Advis se incorporan muy bien, con parodias propias, al tono general que el director dio al espectáculo. Griffero no sólo tuvo una concepción propia, sino que se atrevió y arriesgó a ejecutarla. Lo anterior no es un fenómeno único, pero suelen ser pocas las ocasiones con tan buenos resultados.

H.E. ■